

El fenómeno del cotorreo en *De amor es mi negra pena*

Jesús Antonio Martínez Chávez*

En el cuento “De amor es mi negra pena” de Luis Zapata, se narra la historia del Pachuco, el Rengo, el Cuervo, el Guacho y el Botas. Este grupo de amigos se encuentra anclado en el estereotipo del heterosexual, así como a los objetos socioculturales que son de culto para la mayoría de los integrantes de la población. Los protagonistas acostumbran jugar fútbol y como consecuencia, suelen realizar otras actividades juntos como ducharse en los vestidores (ambiente homoerótico) y, posterior a cada partido, van a celebrar a una cantina. El conflicto en la narración estriba en que dos miembros del grupo, el Guacho y el Botas, mantienen una relación homosexual oculta ante los ojos de quienes los conocen. Ambos tratan por cualquier medio de enmascarar sus preferencias sexuales en cada momento que se esboza entre ellos un juicio sobre su dudosa relación de “amigos”, mostrando su gallardía en forma violenta a quien se atreve a cuestionarlos. Por ejemplo, obsérvese cómo actúa el Guacho al ser cuestionado:

— Qué se me hace, qué se me hace...”

Encolerizado, se acercó hasta el Cuervo y lo tomó por el cuello de la camisa

—Mira, pendejo, sigues jodiendo y te voy a dar en toda la madre”.¹

Su actitud ante un posible descubrimiento de sus preferencias lo obliga a reaccionar en forma sistemática, como lo marca la convención, es decir, demostrando su masculinidad a través de la fuerza bruta, el culto a la violencia. Con esta actitud envalentonada, el Guacho demuestra que tiene los atributos biológicos para desempeñar el rol social de un hombre y no el de un homosexual.

La homosexualidad masculina es incompatible con la hombría. Marina Castañeda en su libro *La nueva homosexualidad* comenta lo siguiente: “el verdadero hombre debe demostrar en toda circunstancia que no es un “maricón”.² Por lo regular, en este tipo de esferas clasificatorias, donde se suelen categorizar, alabar o denostar a individuos por sus preferencias sexuales, se cuentan con los suficientes estigmas para clasificar a un homosexual. Según refiere (con sarcasmo) Carlos Monsiváis, una vez que un individuo asevera ser homosexual, deberá ser y actuar como lo estipula una psicología ya construida

por otros para él. Apunta el crítico: “un homosexual debe ser y parecer frágil, un homosexual debe aficionarse a todo lo viril, para empezar, las artes [...], un homosexual debe de abstenerse de los deportes y los trabajos rudos”.³

En un ambiente de plena intolerancia, se presupondría que no habría resquicio para que surgiera la homosexualidad, no obstante, con lo contradictorio que parezca, es dentro de esas sociedades intolerantes en donde surgen determinados fenómenos que la permiten, e incluso la celebran. Aunque esa celebración sea sólo a ratos, como un acto aislado (para restarle solemnidad a los tótems y tabúes construidos en torno a la realidad machista). El cotorreo es uno de esos fenómenos, en el cual se altera el comportamiento social de quienes deciden participar dentro de estas actividades. Castañeda lo define de la siguiente forma:

En el norte de México existe un término, el “cotorreo”, para nombrar las relaciones sexuales casuales entre hombres. En las cantinas y otros lugares públicos, cuando un hombre le propone a otro “cotorrear un rato”, esto significa tener una relación sexual que no será asumida como tal.⁴

El fenómeno en sí es un evento aislado que tiende al cumplimiento de las siguientes premisas: la relación permanece oculta a terceros; aquellos que forman parte de dicha relación no lo hacen inducidos por sus sentimientos, sino por un quehacer meramente motriz, en el cual lo que se pretende es el desfogo de lo que podría entenderse como una manifestación de virilidad. Éste se queda reducido a un acto, que al permanecer oculto, no habrá de afectar al individuo una vez que esté concluido y pretenda volver a desempeñar, dentro de la sociedad, el rol masculino que venía desarrollando antes del “cotorreo”.

El fenómeno del cotorreo se encuentra determinado por el espacio que suele ser concluyente para que se dé dicha inhibición entre los hombres, permitiendo a cada uno de estos, ir más allá de las exigencias machistas y feministas que hay a su alrededor. Esta inhibición le permite al individuo deshacerse, por un momento, de la solemne construcción social que hay en torno a él. Se apoya en su virilidad

para ser partícipe en experiencias homoeróticas elevadas al rango de juego y, posteriormente, en un acto homosexual.

Los personajes homosexuales en “De amor es mi negra pena”, a lo largo de la narración, entran y salen de ese ambiente de “cotorreo”. El primer espacio que nos plantea Luis Zapata en este cuento, es el de una cantina, con el subtítulo: “1. Bajo la mesa”, en él se puede observar al grupo de amigos referido anteriormente jugando en una sesión de dominó. Mientras se realiza el juego, el Botas, disimuladamente sentado junto al Guacho, le acaricia la pierna y algo más, siempre procurando pasar inadvertidos ante sus compañeros de juego. Durante un largo rato estuvieron jugando sin poner atención a lo que hacían, cuidando sólo de colocar la ficha correspondiente [...] reían de algún chiste, bajaban la mano hasta la entrepierna para dar una posición más cómoda a su excitación.”⁵

Aquí encontramos ese desvío de atención que le resta solemnidad a un acto de divertimento construido por y para la recreación del hombre. Mientras los amigos se entretienen con el culto al juego practicando dominó, la pareja formada por el Guacho y el Botas realizan otra acción y le restan importancia a lo que hacen los otros. Los factores para que surja el “cotorreo” están más que dados. Sin embargo, el impedimento estriba en la transferencia de sentimientos que coexiste entre el Guacho y el Botas, es decir, no se trata de un acto aislado que responda meramente a una necesidad biológica ni un juego donde uno busque vencer al otro, sino de una expresión sentimental.

La narración continúa en otro espacio, en un campo de fútbol y posteriormente en los vestidores. El subtítulo lleva por nombre: “2. Juego”. En él encontramos al Botas y el Guacho jugando fútbol, es decir, integrándose ante los ojos de la comunidad a una de las prácticas configuradas para el divertimento del género, formando parte de una unidad (equipo) heterosexual. “Te basta sentirlo. Sabes que este juego van a ganarlo ustedes.”⁶

En el tercer subtítulo: “3. Celebración”, Luis Zapata traslada a sus personajes de retorno al ambiente báquico, a la cantina. En ésta encontramos a los personajes desinhibidos por la ingesta de bebidas alcohólicas, siendo partícipes del fenómeno del “cotorreo” en su expresión más patente. Sólo que, a diferencia de la primera traslación en la cual participaron el Botas y el Guacho (es decir, las caricias y demás que intercambiaron bajo la mesa), ahora durante la celebración participan otros miembros del grupo. Por ejemplo, el Cuervo empieza a seducir a un mesero: “que si nunca le habían dicho que era muy bonito, que de tan bonito parecía mujer, tómate otra copa [...] que no tuviera miedo, que al Cuervo no le gustaban lo putos, que nomás quería verlo.”⁷

Este personaje enmascara su latente homosexua-

lidad en el fenómeno del “cotorreo”, a diferencia del acto anterior, donde el Botas y el Guacho sostienen una transferencia mutua de sentimientos en el momento del acto, el Cuervo no siente nada hacia el mesero. Lo primero que hace es desviar la atención sobre las exigencias machistas que hay sobre él, para ello oculta al objeto a poseer, en este caso el mesero, lo traviste desde su perspectiva de mujer. Castañeda explica lo siguiente sobre los supuestos heterosexuales que justifican una relación homosexual: “En efecto, el que un varón seduzca, contrate o tenga relaciones sexuales con alguien que parece mujer lo ‘salva’ de ser reconocido, y de reconocerse, como homosexual.”⁸ El segundo proceso por medio del cual el Cuervo enmascara su latente participación en un acto homosexual con Félix, el mesero, gravita más en una concepción machista que presupone como característica el exceso de virilidad del macho y su necesidad de encontrar válvulas de escape, de satisfacción, sin importar con quién. Este ocultamiento le permite participar en un acto que pudiese concluir en una relación homosexual y no ser cuestionado por el grupo de amigos.

La seducción empleada por este personaje concluye en el momento que entrega al mesero a los brazos del Guacho quien, arropado por el cotorreo del Cuervo, empieza a acariciarlo. Entonces el objeto travestido se descubre cuando el Cuervo asevera que todo fue una trampa, que en realidad él fingía su atracción por Félix para corroborar la homosexualidad de su amigo. Poco importaba que momentos antes el Cuervo estuviese muy entretenido con el mesero en una relación homoerótica, donde él llevaba el control; lo relevante es que el Guacho ha caído seducido y se ha descontrolado ante un individuo de su mismo sexo.

En conclusión, parece ser que el “fenómeno del cotorreo” es una construcción creada en las periferias de la masculinidad por los hombres, para satisfacer sus necesidades de relaciones esporádicas con los de su mismo sexo, sin poner en riesgo su taxonomía masculina en la sociedad.

*Alumno de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

¹ Luis Zapata, “De amor es mi negra pena”, en Mario Muñoz (comp.), *De amores marginales*. Universidad Veracruzana, Jalapa, 1996, pp. 149-161.

² Marina Castañeda, *La nueva homosexualidad*. Paidós, México, 2006, p. 116.

³ Carlos Monsiváis, *Que se abra esa puerta*. Paidós, México, 2010, p. 154.

⁴ Castañeda, *op. cit.*, p. 117.

⁵ Zapata, *op. cit.*, p. 155.

⁶ *Ibid.*, p. 157.

⁷ *Ibid.*, p. 159.

⁸ Castañeda, *op. cit.*, p. 179.